

poesía de Villaurrutia, Palou logra sostener con credibilidad el monólogo interior del escritor novelado.

A la pericia textual debe agregarse una prosa diáfana, aunque a veces resulta melosa, y sobre todo, un conocimiento preciso de la ética y la estética del grupo de los Contemporáneos. Palou logra convencernos de que aquella pudo ser la intimidad que rodeó a Villaurrutia, registrando de manera central la estancia del poeta en New Haven, tras la desintegración del grupo literario, capturada a través de sinuosas estampas de la vida nocturna capitalina durante la década de los años treinta.

Los defectos de *En la alcoba de un mundo* están en esos momentos de exaltación lírica, cuando el joven novelista se arroja esa potestad divina que Sartre reprochó a Mauriac y arriesga opiniones tan bobas como contundentes sobre la naturaleza de la existencia. Las inevitables lecturas juveniles de Nietzsche dejan su mal olor al pasar. Palou yerra también cuando diserta sobre el fracaso de la Revolución mexicana. Pone en boca de Rubén Salazar Mallén —suerte de conciencia política de la novela— consideraciones históricas peregrinas. El novelista atribuye a Salazar Mallén sus propias ingenuidades políticas. Al contrario de lo que se desprende de la atribución de Palou, Rubén vendió su alma al diablo de las ideologías con malvada y premeditada pasión.

*En la alcoba de un mundo* hay una lección de moral literaria digna y precoz. El novelista no busca el escándalo pero tampoco le teme. Palou enfrenta la homosexualidad de Xavier Villaurrutia con una crudeza que espanta y admira. Idéntica justicia hay en el envío de la hipótesis biográfica de un suicidio de Villaurrutia, especie que muchos niegan con firmeza. La escena en que Agustín Lazo lamenta desgarrado la muerte de Villaurrutia posee una intensidad erótica y tanática que recuerda ciertas páginas de Jean Genet.

Con novelas como *En la alcoba de un mundo* de Palou, la literatura mexicana comienza a tener su propia literatura. Quizá sea un signo de madurez que las vidas tan secretas de los escritores mexicanos pasen al dominio público de la imaginación. Puede ser, también, un pecado de vejez, la desfachatada llamada al escándalo de una cultura que quiere morir libre de culpas y deudas. Pedro Ángel Palou, el más joven, es quien tendrá más tiempo para averiguarlo.

La noche, la literatura como secreto y la vida como destino novelesco son los temas que unen a Palou con Sergio González Rodríguez (1950). Como Julián Meza, González Rodríguez es un intelectual maduro que decide ser un novelista relativamente tardío. Meza se sirve de sus novelas como una liberación de sus antiguas pasiones ideológicas; González Rodríguez, hombre regido por la prudencia, prefiere trasladar sus obsesiones críticas

al terreno de la novela. Cabe agregar que es uno de los ensayistas más profundos con que cuenta la cultura mexicana como lo prueban *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café* (1988) y *El Centauro en el paisaje* (1992), libro éste último cuya recepción internacional coloca a González Rodríguez entre los escasos observadores teóricos de la modernidad que puede ofrecer la lengua española contemporánea.

*La noche oculta* (1990), solitaria novela de Sergio González Rodríguez, es un libro indisociable de las preocupaciones intelectuales de su autor. Novela-ensayo, *La noche oculta* invoca mediante la ouija a D.H. Lawrence, investiga la improbable conjura de los taumaturgos nazis que soñaron con México para fundar Xanadú, revela que Borges recogió aquí la idea de *El libro de arena*, y se interna en la geografía clandestina de una ciudad que guarda con celo los secretos herméticos de un libro inexistente. A esta enumeración —propuesta por Adolfo Castañón— cabe sumar que Jesús Vizcaya, protagonista de *La noche oculta*, es un personaje infrecuente en nuestra narrativa, intelectual aficionado y rastreador de lo oculto cuya búsqueda vital afirma un tipo de novela que no teme ser declaradamente literaria. Con el cónsul Arvide de José María Pérez Gay (*La difícil costumbre de estar lejos*, 1984) y con el Xavier Villaurrutia de Palou, Jesús Vizcaya viene a aumentar la nómina de personajes literarios nacionales cuya cultura es un nudo problemático por sí mismo. Antes de estos esfuerzos nuestra literatura rehuía a sus propios héroes y el personaje literario en México solía ser o el integrante del coro trágico que da un paso adelante para reclamar la ontología patria (pienso en Artemio Cruz o Ixca Cienfuegos) o ese mito en funciones que va desde Pedro Páramo hasta la variada casta de caudillos, matarifes, léperos viejos y nuevos, hombres superfluos y mujeres que hablan desde la habitación apenas propia. La población imaginaria de la narrativa nacional era un elenco constituido esencialmente por estatuas parlantes y entes emotivos a quienes se permitía encarnar y sufrir pero, escasamente, pensar. El Jesús Vizcaya de *La noche oculta* se atreve a unir vida y literatura en un mismo periplo, autenticidad en la que coincide con Julius o con los capitanes Jensen.

*La noche oculta* es también un libro que investiga la encrucijada que une a la teosofía popular con el milenarismo político, zona que emerge con *Morirás lejos* de José Emilio Pacheco y llega hasta *La casa del ahorcado* (1993) de Luis Arturo Ramos. En los tres casos México aparece como una tierra que no fue y no es ajena al delirio del nacionalsocialismo. González Rodríguez, como los autores que acabamos de citar, se niega a entender a México sin esas tinieblas de Occidente de las que nos hemos creído feliz o ingenuamente librados. Julián Meza y González Rodríguez escriben sus novelas en compromiso inevitable y dubitativo con las barba-

ries antiguas y modernas, aunque no llegan al caso de Pablo Soler Frost, quien alardea con discreción sus simpatías románticas por la tradición totalitaria alemana.

Ampliando la perspectiva, encuentro en *La noche oculta* una novela que debe lo suyo a las de Sergio Pitol, en mi opinión el más significativo de los novelistas mexicanos contemporáneos. Jesús Vizcaya es una creatura que bien puede haber emergido de la legión de solitarios y heterodoxos que pueblan *El desfile del amor* (1985), el libro con el que Pitol dio comienzo a la más reciente etapa de una obra sustentada en el carnaval y lo grotesco.

Adolfo Castañón resume con claridad el lugar de Sergio González Rodríguez entre nosotros, al decir «no sé si *La noche oculta* es una excelente novela. Sostengo en cambio que es un libro auténtico y que obedece sin indecisión al movimiento de su fantasía originaria. Desde ahora ocupa en la historia de las letras mexicanas un lugar señalado por esa fidelidad de expresión y de estilo que ha llevado al autor a escribir, tangencial y oblicua pero poderosamente personal, una historia fragmentaria del ocultismo en México (...) Después de este preámbulo ¿podemos decir sin alarmar a nadie que González Rodríguez es un escritor romántico en el sentido menos débil de la palabra, que *La noche oculta* nos recuerda a esas novelas imperfectas y sin embargo perdurables que nos legaron los magos románticos en prosa y en verso? (...) Sergio González Rodríguez es uno de los escritores contemporáneos de México cuya escritura puede conmover a los lectores educados»<sup>2</sup>.

Poner en relación a *La noche oculta* de González Rodríguez con *Tiempo lunar* (1993) de Mauricio Molina, es una tarea que se antoja fácil. Desde sus títulos ambas novelas aluden a la delectación del noctívago que busca ese secreto capaz de anular o explicar a la ciudad de México. González Rodríguez va tras el libro de arena mientras que Molina (1959) deja caer el mapa de la luna sobre la geografía urbana.

Mauricio Molina conecta su primera novela a esa poderosa e influyente tradición apocalíptica que la literatura mexicana ha creado recientemente, línea que arranca con la soberbia desmesura del *Cristóbal Nonato* (1987) de Fuentes, y que ha tenido expresión con los libros de José Agustín, Homero Aridjis y Hugo Hiriart, todos ellos convencidos de que la destrucción de la ciudad de México y con ella, la de la nación como realidad espiritual, es un hecho literario ineluctable, ya sea mediante la catástrofe ecológica, la invasión norteamericana o la repetición cíclica de 1521. Para Molina, sin embargo, el apocalipsis de todos tan temido ya ocurrió, tuvo lugar como una profecía que se cumple en silencio y cuya localización en la cronología es un acto fútil pues la modificación de los hechos cotidianos es radical.

<sup>2</sup> Adolfo Castañón, Arbitrario de literatura mexicana, Paseos I, *Vuelta*, México, 1993, pp. 257-260.